



Llorens-Artigas, la mujer de Gargallo—Magali—, Pablo Gargallo y Josep Soler fotografiados durante una feria en el Tibidabo de Barcelona, 1922.

EL DESNUDO EN LA ESCULTURA

La escultura en metal es la que, con mayor intensidad, ha dado al escultor Gargallo un sello de originalidad; porque en el metal y sobre todo en el plomo, es donde ha realizado sus más arriesgadas investigaciones por los desconocidos caminos de la plástica moderna. Pero, junto a estas obras en las que el esfuerzo innovador del artista ha realizado las experiencias más atrevidas, una serie de desnudos, que forman parte de su producción más reciente, ha ido recogiendo aquellas conquistas, al margen de la acción violenta de la lucha y con toda la gracia reposada de la victoria.

En estos desnudos hay una enorme sensualidad que no nace de una excitación de los sentidos, sino de la vitalidad profunda y plena que contienen, transformada en calidades plásticas. En estas esculturas existe el latido de una esencia interior, viva y tranquila como la llama de una lamparilla, que se trasluce a través de la prodigiosa armonía de los volúmenes. Calidades, todas ellas, traducidas a un lenguaje rigurosamente escultórico que el artista jamás abandona en todo su proceso productivo, desde que sus manos se posan sobre la masa caótica hasta que, con el último impulso, lanzan la

obra a vivir de su propia vitalidad.

La anécdota desaparece bajo la belleza del gesto. No es la contorsión lo que caracteriza la obra sino el esfuerzo y la belleza de esa contorsión que adquiere virtudes plásticas por encima de la gracia profunda del cuerpo humano. En la estatuilla de «la esclava», especialmente, la parte anecdótica se desvanece ante la formidable expresión de lo que podríamos llamar «movimiento en reposo»; movimiento que el artista, al crear, ha parado sin caer en la rigidez de la muerte, sino con toda la enorme vitalidad y el palpito tembloroso de las cosas vivas,



«Retrato de Chagall», 1932-1933.

incluso en sus momentos de inmovilidad relativa.

La forma, nacida de una ponderación de volúmenes en armonioso equilibrio, realiza la misión escultórica de absorber y expresar todos los otros estados de la materia y todos los otros sentimientos del espíritu, y es el producto del estudio continuado, profundizando cada vez más en la realidad, llevado a cabo por un artista como Pablo Gargallo, de una capacidad plástica rara vez igualada. Ninguna de estas obras cae en la búsqueda artificiosa y amanerada de poses más o menos naturalistas o clásicas que, bajo la apariencia de una nobleza poética, pretenden disimular su inconsistencia plástica. Ninguno de estos desnudos requiere, para ser comprendido, la evocación del pasado; les basta con mostrarse para que, por ellos mismos, se comprendan y aprecien todas las bellezas del cuerpo humano —del cuerpo humano de nuestros días— con aquel hechizo persuasivo con que se infiltran en nuestro espíritu las obras de arte cuando son creadas con amor y con maestría y llevan proyectadas en sus rasgos la sombra paterna de una personalidad tan vigorosa y tan definida como la de Pablo Gargallo.

A través de un riguroso examen estético, estas obras quedan situadas en el plano de la auténtica escultura, y a un grado tal que la sensibilidad artística del espectador puede calibrarse por su mayor o menor comprensión de los valores escultóricos de esta obra que, en el proceso de su creación, ha ido traduciendo a expresiones plásticas todos los atributos de su vitalidad.

64 triunfo

Las excepcionales aptitudes del escultor Gargallo han encontrado en estos desnudos la ocasión y los elementos para manifestarse: su modernidad tan incisiva; la agilidad con que se produce en la expresión de su arte; la fuerza y la capacidad para transferir a sus obras la vida real; la precisión y el equilibrio entre la concepción y la realización; su contención normal dentro de los límites de la plasticidad; su amor al oficio transformado en maestría insuperable; cualidades, todas ellas, que crean la belleza sensual y consistente de sus esculturas y vierten sobre ellas la gracia resistente y profunda de una excepcional comprensión y una aguda sensibilidad. ■ J. L. A. traducción del francés de Joaquín Fernández.



«David», 1934.

Cuadernos de notas (extracto)

- La plástica está en el espacio, la poesía está en el tiempo: aquello es dinámica, la plástica es estática...
- El arte moderno: ni profundidad, ni superficie; es decir ni claridad, ni solidez: extraño, ligero, pedante.
- La oscuridad tampoco quiere decir nada para la bondad de una obra, pero a causa de tantos ejemplos de injusticia y de incompreensión se respetan hoy desmesuradamente las oscuridades e incluso se deja uno engañar por ellas.
- Una obra alcanzará tanta mayor perfección cuanto más equilibrada sea la utilización de las facultades vitales del hombre: intelectuales, fisiológicas, intuitivas y adquiridas.
- ¿Qué importa el grado de abstracción en una obra si responde a la limpieza del sentimiento inédito, poético o plástico, o los dos a la vez, pero inédito?
- Cuando, por reacción natural, la arquitectura se atrevió a emprender la limpieza de las fachadas de los ornamentos exagerados del modern style 1900 que ocultaban las estructuras imitando los materiales, fue un acontecimiento afortunado y natural como todas las reacciones. Pero no había necesidad de teorizar sobre eso, hinchándose como la rana que quiere hacerse tan grande como el buey, puesta que era una buena cosa, pero como principio. Hacer de ello una estética era querer aprovecharse de algo concedido, puesto que nació por reacción, en lugar de aceptar no enriquecerse en vano, como buen comienzo, como base de gran porvenir: cerrar la puerta y permanecer con la frialdad de las paredes lisas no puede ser considerado más que como orgullo y estupidez, si no como un suicidio. Es una falta de orden en las ideas, que son de larga duración si son ideas grandes. ¿Por qué creerse redentor tan fácilmente? Un estilo no se crea en diez años, sino en algunas segundas y siempre, o casi siempre, el creador es anónimo, pero el estilo se forma, se completa y hasta se deforma en dos o tres siglos, o incluso en diez cuando es poderoso. Es lo que la historia nos enseña.
- Hoy, la duración de vida de un estilo es como mucho de 10 ó 15 años. Ceguera, aberración, neurastenia, delirio de grandeza y oportunismo utilitario; y por encima de todo, ligereza.
- Lo mismo ocurre en literatura, en pintura y en escultura: quizá la arquitectura resiste todavía un poco más a causa del material y del dinero...
- Los mejores griegos son los arcaicos: la base, el fundamento del estilo griego es lo

Pablo Gargallo en su taller. París, 1913.



que mejor ilustra lo que yo adelanto, pero no somos lo bastante necios como para afirmar que poseemos la verdad y que no hay nadie, por venir o pasado, que pueda negarla. Trabajar en una dirección, en la duda de saber si es la buena, es lo que nos permitirá esclarecer mejor o aplacar esta angustia, puesto que avanzar confiado y seguro es andar con los ojos cerrados.

Aquel que quiere ser siempre actual, teniendo que repetirse continuamente o continuamente renovarse, es un suicida. La rutina en arte no es un problema de voluntad o de inquietud. Y crear no es hacer como el camaleón que adopta el color del fondo sobre el cual se posa.

Sé que es difícil hacer que la gente dude en saber si tú eres veleta al viento. Todo es una cuestión de altura. Si quieres estar por encima de todo, hay que ser una casa o la otra. El que no tiene el valor o el descaro de ser veleta, corre el peligro de ser confundido con el viento que la hace girar.

● Lo horrible es muy diferente de lo terrible.

Los escolásticos modernos se unen porque (creyendo en la trascendencia de su tarea) quieren actuar, dirigir e imponer lo

que tienen por la verdad. Independientemente sienten su incapacidad, lo que les hace conscientes, y cada uno de ellos intenta ocultar las designias objetivos de su acción: lo que les rebaja y les excluye de las grandes y verdaderas ambiciones.

● Lo más difícil de adquirir en el mundo es la libertad, cualquiera que sea la libertad. Se nace esclavo y poco a poco uno se libera de sus cadenas a medida que es capaz de ello. No hay medio más justo para medir a un hombre que su grado de independencia: tanto el cretino como el hombre superior. La independencia es lo más caro que hay.

Mezclar los géneros es decadente.

Tan pronto como se quiere establecer una tendencia uno se convierte es escolástico y cerrado. La escuela independiente no es por lo tanto recomendable.

El arte de última hora espera que la metafísica, la filosofía o la poesía lo preservarán de la vulgaridad o de la pequeñez. Corot, sensible, modesto, es más exquisito, más grande, más profundo y más poeta que todo el arte de moda de los narcisos transcendentales de hoy. Todas las razones para justificar un arte, una tendencia artística, se borran y caen cuando

la expresión sincera y simple sale de los labios de un hombre sensible y franco: «Esto me gusta o esto no me gusta.» Todo está justificado, todo está valorado, no solamente el arte, sino el hombre. Hoy hace falta mucho valor para expresarse franca y sinceramente; ya que de manera manifiesta el compromiso se extiende hasta el espectador. Es fácil elogiar al que triunfa, es desdichadamente cosa corriente, porque el almibar del éxito, hoy, es más fuerte que nunca, lo que prueba la inferioridad de la época. Es necesario tomar partido en este litigio; ese es el valor.

Yo no he deformado jamás, en arte, en el sentido de la excentricidad o del anti-racismo. Esto es lo que se ha producido en los últimos 15 años. A la busca de originalidad se ha ido a África o a Oceanía, y últimamente en la prehistoria, al primitivo y al alienado. Los niños, los criminales, el pueblo inculto tienen hoy la preponderancia en arte. Yo no estoy contra el instinto, por el contrario, estoy a su favor, pero un instinto claro, puro, verdadero y cultivado, ni falso ni simulado. No es solamente en el niño, o en el criminal, o dentro del pueblo inculto donde se encuentra exclusivamente el instinto desprovisto de toda traba, bajo el pretexto de que están más cerca de la naturaleza y del salvaje. Un salvaje cualquiera puede estar más perverso y ser más complicado que un esnob civilizado, como un hijo de nuestra civilización puede ser más limpio y más puro que semejante salvaje. Con un instinto cultivado se crea un Renacimiento o una Grecia.

Saber distinguir cuándo y dónde comienzan la gratuidad y la mala fe, y la buena fe y la sinceridad de una obra, aparente o verdaderamente inspirada por un imperativo intelectual, y si dicha obra está guiada por el instinto imperativo de un modo de expresión cultural... Un instinto dirigido estimula; cultivado, hace nacer la intuición precisa y fresca de una Grecia o de un Renacimiento, en arte, en letras y en filosofía; y en la época contemporánea, en mecánica. Hará siempre de la poesía una obra instintiva, jamás literatura ni filosofía.

La adhesión a una moda es perdonable en la medida en que no sirve para disfrazar un armazón mal estructurado. No es el exterior de una obra de arte lo que vale, sino lo que contiene en el interior de consistencia, de sensibilidad invisibles para el vulgo y para el que está cargado de prejuicios tiránicos.

Yo he hecho muchas cosas cuyo resultado ha podido parecer pobre, pequeño, pero jamás vacío o falso. Esta es la justificación de mi estética en los hierros: síntesis, exigencia, amplitud y libertad.

Pablo Gargallo. Traducción del catalán: Mercedes Abad. ■